

LA MUJER CRISTIANA

El papel de la mujer visto desde la perspectiva correcta

Dado el ambiente emocional que rodea los temas de las mujeres en algunas sociedades, es difícil mantener el punto de vista bíblico en perspectiva. Aunque se dice de las mujeres que ellas son el “vaso más frágil” (1 Pedro 3.7), dando a entender que carecen de la fuerza bruta que los hombres tienen, no se dice de ellas que sean inferiores a los hombres en modo alguno. Pedro no escribió estas palabras para denigrar a las mujeres; estaba hablando en favor de ellas. Animó a los esposos a ser considerados con sus esposas, a no abusar de ellas ni ejercer ventaja corporal sobre ellas.

LAS DIFERENCIAS

No es la cultura lo que torna vasos “más frágiles” a las mujeres. Se trata de una diferencia fisiológica que Dios determinó cuando Él creó a Adán y a Eva. Como Dios proyectó diferentes papeles para los hombres y las mujeres, Él los creó con diferencias que les ayudarían a cumplir con los papeles que se propuso para ellos. La sociedad puede tratar de cambiar estos papeles; no obstante, dada la composición misma de los hombres y las mujeres, algunos papeles son exclusivamente para las mujeres o para los hombres. Ciertas tareas son más adecuadas para los hombres, otras son más adecuadas para las mujeres, y aun otras pueden ser igualmente compartidas por hombres y mujeres. Dios hizo a los hombres y a las mujeres diferentes, con el fin de que funcionaran de modo diferente, y así pudieran cumplir sus papeles individuales.

Los puestos que ocupen y las diferencias que haya no necesariamente entrañan superioridad ni inferioridad. Los ciudadanos que se someten a sus oficiales de gobierno (Romanos 13.1–5; 1 Pedro

2.13), los siervos que obedecen a sus amos (Tito 2.9), los miembros de la iglesia que se someten a sus líderes (Hebreos 13.17), y los hijos que obedecen a sus padres (Efesios 6.1), bien pueden ser superiores en habilidad e intelecto a los que están en autoridad sobre ellos. El ser iguales en ciertas formas, y diferentes en otras, es un tema de la Biblia en lo que se refiere a las relaciones humanas.

El someterse puede ser más difícil que el mandar, pues el que se somete puede tener necesidad de una mayor medida de dominio propio que el que manda. La sumisión tiene que ver con el dominio de la voluntad propia, de modo que uno pueda estar dispuesto a ceder ante otro que tal vez no tenga habilidad, aptitud, intelecto ni talento superiores.

TODOS... UNO EN CRISTO

Los que afirman que las mujeres no tienen la responsabilidad de ser sumisas a los hombres como miembros del cuerpo de Cristo, hallan un bastión al cual acogerse en Gálatas 3.28: “Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús”. Algunos interpretan que lo anterior significa que todos los cristianos tienen los mismos papeles.

No todos los cristianos tuvieron los mismos dones espirituales, pues éstos estaban repartidos en cada uno individualmente, según la voluntad del Espíritu (1 Corintios 12.11). Pablo dijo que todos son bautizados en un cuerpo, “sean judíos o griegos, sean esclavos o libres” (1 Corintios 12.13b). Prosiguió para ilustrar esta idea haciendo uso de la figura del cuerpo humano. Un cuerpo tiene muchos miembros, y esos miembros tienen muchas diferentes funciones; así también el cuerpo de Cristo

(1 Corintios 12.15–22). Pablo preguntó: “¿Son todos apóstoles? ¿son todos profetas? ¿todos maestros? ¿hacen todos milagros?” (1 Corintios 12.29). El que sean uno en Cristo no significa que todos tienen la misma responsabilidad o autoridad.

Los apóstoles retuvieron un puesto de autoridad en la iglesia (1 Tesalonicenses 2.6), aun cuando todos los cristianos son uno. El ser uno no significó que todos los miembros de la iglesia tuvieran igual autoridad a la de los apóstoles. La autoridad del amo continuó existiendo sobre el siervo (Tito 2.9), aun cuando los dos estaban en el Señor. Los hombres, al igual que las mujeres, debían someterse a sus líderes (Hebreos 13.17). Las esposas debían someterse a sus esposos (Efesios 5.24), y las mujeres debían ser sumisas a los líderes de las congregaciones (1 Timoteo 2.11). El ser uno en Cristo no significa que todos tienen la misma posición de autoridad.

Imagínese el conflicto interno de un amo que no llenaba los requisitos para el cargo de anciano, cuando se le exigía que se sometiera a su siervo, el cual sí llenaba los requisitos y había llegado ser anciano. La clave para que tal relación funcionara, sería la sumisión de buena gana por parte del amo. Es obvio que se necesitaría una mayor dosis de carácter por parte del amo, que la que se necesitaría, si las circunstancias al exterior del ámbito espiritual fueran diferentes. Algunas mujeres enfrentan la misma clase de conflicto porque tienen mayores habilidades que aquellos a los que ellas han de someterse. Ellas pueden mostrar cuán grandes son, y cuánto respetan la voluntad de Dios, respondiendo con una humilde sumisión. Todos los cristianos, sean hombres o mujeres, deben aceptar el orden establecido por Dios.

Los que buscan darles a las mujeres papeles de liderazgo, deberían tener presente que si a una mujer se le da un puesto de autoridad, alguien va a tener que someterse a ella. ¿Quiénes serán? ¿Serán sólo los niños? ¿Estarán incluidas las mujeres y, excluidos los hombres? Si a algunas mujeres se les da autoridad, otras mujeres estarán todavía sumisas. No puede estar a cargo todo mundo. No tiene posibilidades de funcionar la organización de un grupo, sin que en ella estén algunos a cargo, y otros sometiéndose a éstos como líderes que serían (Hebreos 13.7). Aun cuando todos somos uno en Cristo, no podemos tener todos los mismos papeles. Pablo desechó la idea de que el ser uno signifique que todos tienen el mismo papel o estatus en Cristo (1 Corintios 12.4–31; vea Romanos 12.6–8; Efesios 4.11–13).

¿Qué estaba diciendo Pablo en Gálatas 3.28?

Sencillamente, estaba diciendo que todos los que han sido bautizados en Cristo, llegan a ser hijos de Dios y entran en el mismo cuerpo. El bautismo no convierte a uno en miembro de la iglesia judía, ni a otro en miembro de la iglesia gentil; tampoco convierte a uno en miembro de la iglesia sierva, ni a otro en miembro de la iglesia libre; tampoco convierte a uno en miembro de la iglesia masculina, ni a otra en miembro de la iglesia fememina. El bautismo hace que todos seamos “uno” —miembros todos del mismo cuerpo (Gálatas 3.27; Romanos 12.4, 5; Colosenses 3.11).

En Cristo las señales de nuestras diferencias permanecen: Varón y mujer son todavía varón y mujer; siervo y amo son todavía siervo y amo; judíos y gentiles son todavía judíos y gentiles. Aunque debemos vivir con estas diferencias, Dios ama por igual a todos los que están en Cristo. Él no se parcializa en su amor (Romanos 2.6–11). Del mismo modo que un buen padre puede amar a todos los hijos de la familia por igual, y sin embargo darles diferentes responsabilidades, así también Dios trata con los que componen su familia espiritual. El hecho de que todos seamos uno en Cristo no significa que nuestras habilidades hayan cambiado, ni que nuestros papeles hayan cambiado. El ser uno en Cristo sí significa que todos somos aceptados como hijos de Dios, que estamos unidos como uno solo, que podemos estar unidos a pesar de la diversidad de estatus, y que podemos tener la misma relación con Dios.

LA SUMISIÓN

¿Qué hay de malo en ser sumiso? Jesús nos ha dado un ejemplo de la importancia de la sumisión. Jesús se despojó de sus privilegios y se humilló a sí mismo para poder ser obediente al Padre (Filipenses 2.7–8). Nosotros debemos tener el mismo sentir que hubo en Cristo para con los que tienen autoridad sobre nosotros (Filipenses 2.5). Fue a causa de su sumisión que Jesús fue exaltado (Filipenses 2.9–11). Nos puede pasar lo mismo si somos sumisos.

Hay personas que hacen objeciones en el sentido de que las habilidades de muchas mujeres se están desperdiciando porque no se les dan papeles de liderazgo. Si los talentos de una mujer se están desperdiciando eso es una falla de los que ocupan los puestos de liderazgo. Los buenos líderes usan las percepciones y las habilidades pertinentes de cada miembro que está bajo la supervisión de ellos. No todas las ideas provienen de los hombres. Los líderes sagaces procurarán el aporte de todo miembro que hay dentro de la congregación.

Las mujeres tienen todos los derechos y privilegios de los hombres, con la excepción de que no deben asumir el mando, ni gobernar la iglesia, ni dirigir la palabra a la asamblea de los santos. Esta es responsabilidad de los hombres de la congregación. Deben mostrar su grandeza sometiendo a la voluntad de Dios y cooperando con los hombres como líderes que son éstos de la congregación.

¿CULTURA O MANDAMIENTO?

Una importante pregunta ha sido contestada ya, pero debe ser considerada nuevamente: “¿Será el papel de la mujer, tal como se presenta éste en la Biblia, simplemente un papel cultural, o será un papel conforme al diseño divino?”.

La relación del esposo con la esposa (Efesios 5.23–24; Colosenses 3.18) y el papel de la mujer en la iglesia (1 Corintios 14.34), tal como se presenta en la Biblia, fueron ordenados por Dios, y no fueron simplemente cuestiones culturales. Al hombre se le dio señorío sobre la mujer por el pecado de ésta en el huerto del Edén (Génesis 3.16). Pablo enseñó que las mujeres deben respetar a los hombres y someterse a éstos como cabeza que son de ellas, y fundamentó esta enseñanza en el orden de Dios, cuando éste creó al hombre y a la mujer (1 Corintios 11.9; 1 Timoteo 2.13), y porque Eva fue engañada, no Adán (1 Timoteo 2.14). También aseveró que la sumisión por parte de la mujer está en correspondencia con la enseñanza de la ley, y era un mandamiento de Jesús (1 Corintios 14.34, 37). Pedro la presentó como una cuestión de precedente sentado por respetados héroes de la Biblia, que cumplían la voluntad de Dios (1 Pedro 3.5–6).

La Biblia no saca conclusiones fundamentadas en la cultura en lo relativo al papel del esposo y de la esposa, ni al papel de la mujer en la iglesia. El papel de la mujer debe ser determinado por el plan y diseño de Dios, no por las siempre variables costumbres de la sociedad. Todas las aseveraciones bíblicas relacionadas con esta cuestión se basan en mandamientos inequívocos, en llamados a respetar el orden seguido por Dios en la creación, o en el castigo de Dios por la transgresión ocurrida en el huerto del Edén. Dios resolvió esto según su propia voluntad. Las mujeres pueden obtener bendiciones por respetar el orden de Dios, o sufrir consecuencias adversas por la desobediencia a su voluntad. La elección es de ellas.

Los que modifiquen la enseñanza de Jesús, apelando a la cultura, estarán sencillamente procurando obligar a los seguidores de Jesús a cumplir tradiciones de los hombres y no los mandamientos

de Él. Los discípulos de Jesús deben observar todo lo que Jesús ha mandado (Mateo 28.20), en lugar de observar las tradiciones del mundo: “No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta” (Romanos 12.2). Si ponemos la mirada en la cultura, como nuestra guía en los asuntos religiosos, morales y espirituales, estaremos mirando en la dirección equivocada. Debemos poner la mirada en Jesús, “el autor y consumidor de la fe” (Hebreos 12.2).

La pregunta acerca de los asuntos de esta clase, no debería ser: “¿Qué es lo que culturalmente se acepta?”, sino: “¿Qué es la voluntad de Dios?”. Cuando evaluamos las situaciones de este modo, podemos ver las cosas del modo que Dios las ve, y saber que tenemos la perspectiva correcta para la mujer como sierva de Jesucristo.

CONCLUSIÓN

Puede que en esta vida tengamos dificultades para entender todos los designios y propósitos de Dios. Puede que jamás entendamos por qué Dios creó a los hombres y a las mujeres de la forma como los creó, ni entendamos por qué ordenó los papeles de ellos de la forma como los ordenó. No se nos exige que entendamos el pensamiento que Dios tenía en mente cuando Él dio el mandamiento. Sólo se nos exige que tengamos fe en el Dios que dio el mandamiento, y que nos sometamos a Él de corazón.

Todo lo que importa es respetar el patrón de Dios y obedecer sus mandamientos. Seremos juzgados, no por nuestro entendimiento de las razones por las que Dios dio ciertos mandamientos, sino por nuestra obediencia a Él (Mateo 16.27; Romanos 2.6; 1 Pedro 1.17). En este asunto —y en todos los asuntos— deberíamos tener el sentir que hubo en Jesús, en respuesta a la voluntad de Dios: “... no sea como yo quiero, sino como tú” (Mateo 26.39b; Filipenses 2.5). ■

ALIENTO PARA LAS MUJERES CRISTIANAS

La mujer cristiana puede hacer más que la mayoría de los hombres en la iglesia. El pasar al frente puede ser preferible, pero no es allí donde la actividad más importante siempre tiene lugar. La mujer piadosa que sirve conforme a la voluntad de Dios, tiene una importante misión que cumplir. Ella deja que Dios la use según Él desea y sirve con gozo donde ella se encuentre. Cuando toda la historia haya sido escrita, y Dios selle los libros, el número de los más grandes de los grandes incluirá a muchas mujeres cristianas, devotas y piadosas.